

JOSE IBARROLA

LA HISTORIA DE CHOMIN DE SANTURCE

**EXTRAÍDA DE LA OBRA “MARI-SANTA,
CUADROS DE UN HOGAR Y SUS
CONTORNOS”**

**POR ANTONIO DE TRUEBA, TAMBIÉN CONOCIDO COMO ANTÓN, “EL DE LOS
CANTARES” Y ANTÓN “EL BUENO”.**

**CON CUATRO ILUSTRACIONES DE JOSE IBARROLA Y
PRECEDIDA DE UN PROLOGUILLO**

Junio 2015

Colección “Localización: Santurtzi” N° 2

Generado con Calibre 2.29 y Sigil por E.B.

A MODO DE PROLOGUILLO

Antonio de Trueba

La Red de bibliotecas de Santurtzi desarrolla desde el año 2014 el proyecto “Localización: Santurtzi” que pretende rescatar del olvido aquellas obras literarias que presentan algún tipo de relación con nuestra localidad y digitalizar y poner a disposición de los lectores en formatos pdf y e-pub aquellas que se encuentran en dominio público o de las que se han cedido los derechos de reproducción.

En esta ocasión el autor seleccionado ha sido Antonio de Trueba. Nacido muy cerca de nuestra localidad, en el barrio Montellano de Sopuerta, llega en 1836 a Madrid con quince años huyendo de la primera guerra carlista. Acogido por y trabajando para un pariente, a partir de su casamiento comienza a ganarse la vida escribiendo en periódicos y publicando libros de poesía y cuentos. En 1862 es nombrado Cronista y Archivero del Señorío y se traslada a un Bilbao que una nueva carlistada le obligará a abandonar en 1873, acusado de simpatías hacia la causa del pretendiente. Rehabilitado, es nombrado Padre de la Provincia en 1876. Fallece en Bilbao en 1889.

Prueba del gran cariño que su figura despertaba es el monumento erigido a su memoria en los Jardines de Albia de la Villa, una excelente y premiada obra realizada por Mariano Benlliure y sufragada por suscripción popular.

Escritor autodidacta y prolífico, su principal característica es el apego a la tierra natal, la sencillez y una cierta candidez. Es el narrador de la bondad, la vida tranquila, la buena comida y el vaso de txakolí. Quizás por ello conoció pronto un enorme éxito y sus libros fueron muy leídos y celebrados, sobre todo en su País y en las tierras de la emigración vasca. Es, en palabras de Rafael Sánchez Mazas, burlesco, historicista, puritano, polemista... su obra es objeto hoy de diferentes valoraciones no todas laudatorias, no en vano ya decía Unamuno que “Muchos otros se esconden para leer a Trueba...”.

“Mari Santa” y Chomin

“Mari-Santa, cuadros de un hogar y sus contornos” se publicó en Madrid en 1874, durante el segundo exilio madrileño del autor y no se reeditó hasta que en 1995 Ediciones El Tilo realizó una muy cuidada edición

ilustrada con prólogo de Angel Ortiz Alfau del que este prologuillo es deudor. Se trata de un conjunto de relatos muy bilbaino, cuyo hilo conductor lo constituye la familia de Mari Santa, y a través del cual se percibe la gran añoranza que sentía el escritor al que una guerra civil alejaba de su hogar por segunda vez., añoranza palpable en su descripción de los barrios de la villa, sus gentes y costumbres,

sus comidas, etc.

De este “Mari Santa” vamos a extraer la historia de Chomin, el marino que maldecía al mar, que constituye únicamente uno de los “cuadros” del libro, un personaje éste al que el autor hace santurtziarra quizás por la amistad que le unía con José María de Lizana y de la Hormaza, sexto Marqués de Casa Torre. En su transcripción hemos respetado la grafía original por lo que la acentuación o la denominación de algunos topónimos pueden sorprender al lector.

Es este relato el de una vida azarosa que, como supondréis, es también desgraciada. Acogido y empleado en la bilbaina casa burguesa de Mari-Santa y su marido indiano enriquecido, el propio Chomin, ya anciano, nos dará las claves de su malquerencia al mar.

Esta narración comprende los capítulos XVII a XX de la obra, únicamente veintisiete de las trescientas páginas que la componen. Si, no contentos con la historia de Chomin deseáis leer la obra completa, podéis hacerlo “on line” o descargarla en formato pdf, , puesto que se encuentra digitalizada en Europeana, la plataforma digital europea de acceso libre. Únicamente debéis copiar y pegar en vuestro navegador el siguiente enlace

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000110057&page=1>

Para esta edición digital y no venal del extracto de Chomin el artista Jose Ibarrola nos ha autorizado a incluir las ilustraciones correspondientes al relato que realizó para la moderna edición de El Tilo antes mencionada, así como la portada y el ex-libris, autorización que queremos agradecer como corresponde.

Y sin más, os presentamos a Chomin, de Santurce.

Enrique Bernaola

A MODO DE INTRODUCCION

El anciano Chomin, natural del entonces denominado Santurce y marino de profesión, acogido y empleado en la finca Gorostiza situada en Abando, en lo que hoy es el ensanche de Bilbao y propiedad del acaudalado indiano de Don Juan y su mujer Doña Mari-Santa llega a la vivienda cansado y mojado tras haber salvado a una madre y su hijo de morir ahogados en la ría. Felicitado por su acción y agasajado por los presentes, a su solicitud relata la historia de su vida y su malquerencia hacia el mar en presencia de sus patronos, de Leandro, hijo de éstos y de Don Antonio de Trueba, el Cronista de Vizcaya.

CAPITULO XVII.

PRÓLOGO DE UNA HISTORIA.

Chómin, un poco cortado, apareció en el comedor acompañado de Ignacia, que traía el café. Saludáronle con un aplauso, que inició Mari-Santa, y animó al viejecito á sentarse al lado de la señora, conforme ésta le indicaba.

Mari-Santa señaló la alhacena á Ignacia, y ésta, comprendiendo al punto lo que deseaba la señora, sacó un tarro de ron y una copa mayor que las ordinarias de licores, y puso tarro y copa delante de Chómin.

Mari-Santa se apresuró á obsequiar al viejo, preparándole y sirviéndole el café con arreglo al gusto de Chómin, que la señora conocía á maravilla, y se reducía a sazonar el café con poca azúcar y mucho ron.

Á todos se nos vino á las mientes el romance

«Nunca fuera caballero

de damas tan bien servido.»

— Chómin, ¿se ha descansado ya de la zambullida? preguntó D. Juan al viejo.

— Agujetas quedan todavía, señor amo.

— Es que la lucha fué porfiada.

— Y eso que la fiera no avanza de Portugaleta acá más que una gárrula.

— Mala voluntad le tiene Y.

— Ah, mala centella de Dios la tumba, que malos ratos me ha dado en este mundo y en el otro, porque en América no me los ha dado mejores que en Europa!

— Pero diga Y., Chómin, si tan mala opinión tiene usted de la mar y tanto la aborrece, ¿por qué se sube V. todos los domingos á Cobetas para verla ?

— Yo se lo diré á Y., señor amo. Cuando Cristo y San Pedro andaban por el mundo, Cristo notaba que San Pedro, á pesar de que tenía ya malas piernas, pues era ya viejo , se subia á todo vericuetto desde donde se descubría la mar. Cristo recordaba muy bien que San Pedro, como quien dice, habia sido marinero, pues habia sido pescador de agua salada; pero también recordaba que cuando se comprometió á dejar la mar de Galilea y los avíos de pescar para irse con él tierra adentro á predicar el Evangelio, le preguntó si dejaba con fe la mar, y le contestó: «¡Maestro, no la he de dejar con fe si estoy rabiando por perderla de vista!» Recordando esto, y viendo que San Pedro se exponía á desnucarse por ver la mar, decía Cristo con mucha razón: «O este viejo se ha vuelto chocho, ó ha perdido la fe con que dejó la mar y los avíos de pesca, pues anda siempre por los vericuetos como las cabras, sólo por el pícaro gusto de ver la mar desde lejos», y preguntó á San Pedro por qué le gustaba tanto ver la mar.

— ¿Y qué le contestó San Pedro?

— San Pedro le contestó que le gustaba verla para excomulgarla, y lo mismo le contesto yo á Y., señor amo. Todos nos echamos á reir con esta salida de Chómin; pero Mari- Santa, cuyo sentimiento religioso no podía menos de ser delicado, pues en su corazón lo eran todos los sentimientos, me dijo:

— Siento que no esté aquí el señor D. Francisco para consultar con él una duda que me ocurre al oír

á Chómin y á otras buenas gentes del pueblo contar esos cuentos populares que Y. va recogiendo, puliendo y encaminando á un fin moral y filosófico.

— ¿Pues cual es la duda que esos cuentos despiertan en Y.?

— Se la diré á Y. con tanto más motivo, cuanto que supongo la habrá tenido Y. también, la habrá consultado con personas competentes, y la habrá visto resuelta de un modo satisfactorio cuando no tiene escrúpulo en reproducir los cuentos sin despojarlos del tono familiar que emplean al contarlos las gentes del pueblo. En muchos de esos cuentos, como el que Chómin nos ha contado, intervienen entidades santas, de quienes se habla y á quienes se hace hablar en el lenguaje jovial y familiar del pueblo, y no sólo sucede esto en los cuentos, sino también en los cantares populares, como sucede en éste que he oído cantar á las muchachas de casa:

« A su amigo San Pedro

le dijo Cristo :

Ahí te dejo las llaves ;

agur, Perico.»

Y éste contestó :

«Vaya usted descuidado,

que aquí quedo yo. »

¿Será lícito este proceder?

— Señora, no se ha equivocado V. al suponer que he tenido la misma duda que V. , la he consultado con personas doctas y piadosas, y la he visto resuelta satisfactoriamente. Un sacerdote piadosísimo y docto en materias teológico-morales, á quien consulté antes de dar á luz un cuento de carácter popular titulado *Las dudas de San Pedro* (1), en que precisamente era uno de los interlocutores el glorioso príncipe de los apóstoles, y en sus santos labios se ponía el lenguaje familiar y anacrónico del pueblo, desvaneció mis escrúpulos diciéndome: « En nuestros escritores menos sospechosos de irreverencia deliberada ó indeliberada, hay frecuentes ejemplos que justifican el proceder de V. ; pero, además , le justifican otras razones de conveniencia moral y estética, siempre que el cuento popular se encamine á un fin bueno, ó cuando menos no se encamine á un fin malo. Conveniencia moral: cuanto más sencillo, natural y verdadero es el lenguaje, más convencimiento y sentimiento produce en el que oye ó lee, - y por consecuencia, más conduce al fin que se propone el que habla ó escribe. Conveniencia estética : el arte falto de verdad no es arte, ni responde á, utilidad alguna, y carecería de toda verdad el suponer al pueblo lenguaje distinto del único que conoce y de que' se sirve. El axioma de que el fin justifica los medios será en muchas ocasiones especioso é inadmisibles; pero en el caso concreto á que V. se refiere y en otros análogos en que el fin es bueno, los medios estañan justificados con el fin, aunque no lo estuviesen con otras, razones.»

El cuentecillo que ha contado Chómin podrá no encaminarse á un fin bueno; pero se encamina á un fin indiferente, que es tanto como no

encaminarse á un fin malo; y por consiguiente, creo que ni á Chómin se debe castigar por haberle contado con privarle de apurar una buena copa de ron, ni á V: por haberle escuchado con privarla del placer de escanciársela.

— Si peco, dijo Mari-Santa alegremente llenando la copa de Chómin, Dios me perdone y nos perdone á todos. Chómin, que acababa de dar el último sorbo al café y se disponía á encender un magnífico habano que D. Juan le había alargado, desocupó la copa con delicia, y confesó que en la misma Jamaica, con ser Jamaica, no había saboreado ron como aquél.

— Pero vamos á ver, Chómin, le dijo su amo, cuáles son las razones que tiene V. para excomulgar á la mar, aun sin sentirse, como San Pedro, predestinado al pontificado?

— También se las explicaré á V., señor amo; pero el cuento, aunque curioso, es largo...

— No importa, pues le irá V. pasando á tragos y cigarros.

— Bien lo necesitaré, señor amo, porque ademas de largo es amargo...

—¿Amargo también?

— ¿ Cómo no lo ha de ser si en él anda la fiera? ¡ Ah ! ¡ mala centella de Dios la hunda!

— Cuento V., Chómin.

— Pues cuento con el permiso de VV., y sobre todo de la señora ama, que con ese corazón de Virgen de los Dolores que le ha dado Dios, ya á pasar un rato de mil demonios.

CAPITULO XVIII.

EL HUEVO Y LA CASTAÑA.

El prólogo de la narración de Chómin habia despertado vivamente nuestra curiosidad.

— Yo, comenzó Chómin, nací y me crié en Santurce, y cuando empecé á tener uso de razon empecé á no pensar ni obrar razonablemente.

— ¡Qué común es eso en el mundo! dijo con tristeza Mari-Santa, que, sin sospecharlo siquiera, era allí el más legítimo representante del buen sentido y del buen corazón.

— Á VV., continuó Chómin, les parecerá esto mentira ; pero no lo es, como irán ustedes viendo.

Éramos dos hermanos que en las inclinaciones nos parecíamos uno á otro, como el huevo y la castaña. Dirán ustedes que el huevo y la castaña son malos para comparar inclinaciones, porque no tienen ninguna.

— Es verdad, contesté yo, que era el que allí se daba más tono de filósofo.

— Pues V. ha de perdonar, D. Antonio, si no soy de su opinión ; el huevo se inclina siempre á rodar, y la castaña se inclina casi siempre á estar quieta.

— ¡Este viejo, dije para mí, sin tener la noble franqueza de decirlo para los demás, es más filósofo que yo!

— Péru, que me llevaba dos años, se inclinaba como la castaña á no rodar más que lo indispensable, y yo me inclinaba como el huevo á rodar hasta lo supérfluo. ¡Así Péru no se estrelló ni estrelló á nadie, y yo me estrellé y estrellé á los pobres que tropezaron

conmigo!

Al viejo se le saltaron las lágrimas al decir esto, y á Mari-Santa le sucedió lo mismo al verle llorar.

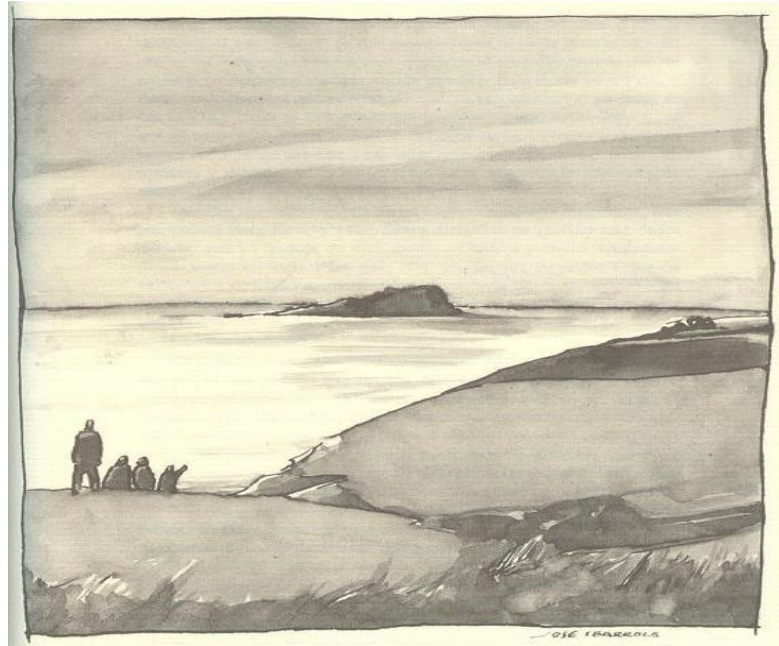
— Muchas veces subíamos Péru y yo á la cumbre del Sarántes, y sentados allí pasábamos las horas enteras contemplando la inmensidad de mares y tierra que desde allí se veía. Péru se embelesaba viendo los valles y las montañas, y yo viendo la mar.

— ¡Mira, le decía yo á Péru, si tenemos en qué escoger para vivir y ser felices; tierra que se pierde de vista, y mar que se pierde de vista también!

—Yo, contestaba Péru, escojo un rinconcillo de la tierra.

—Pues yo escojo la inmensidad de la mar, decía yo.

— ¿Ves, continuaba Péru señalando hacía los valles de las Encartaciones ó hacía los de la tierra Temprana, ves aquellas caserías dispersas y medio escondidas entre los árboles, en los regazos de los montes ó en las colinas de los valles? Pues mira, yo me contentaría con que una chica que fuese muy buena, aunque no fuese muy guapa, me quisiese mucho y yo la quisiese mucho también, y nos casásemos y viviésemos juntos en una de aquellas caserías, y tuviésemos hijos muy buenos y muy hermosos, y nos quisiesen mucho todos nuestros parientes y vecinos, y trabajásemos todos en proporción á nuestras fuerzas, y ganásemos trabajando para vivir sin necesidades y dormir sin zozobras, y llegásemos á viejos, y muriésemos allí entre nuestros hijos y nuestros nietos, y cuando muriésemos nos llorasen y honrasen todos los que nos hubiesen conocido! — Pues yo no tengo tan mal gusto como tú, decía yo á mi hermano ; yo lo que deseo es volar por esos mares azules en un barco ligero y blanco como las gaviotas, y ver otros mares y otras tierras y otras gentes, y ganar navegando mucho dinero, y casarme con una chica tan hermosa como Soledad, y hacer una casa muy hermosa y blanca en Campánzar ó Cabièces, para que se viese desde ella el mar, y desde el mar se la viese, y mandar hacer el barco más velero y gallardo que en los astilleros de Olabeaga y la Salve se hubiese hecho, y volver á volar en él por los mares, y luchar con las tempestades y vencerlas, y asombrar á las gentes de todos los puertos del mundo con la rapidez y el atrevimiento de mis navegaciones, y pasar once meses del año en mi barco y uno en mi casa, que sería el medio seguro de que mi mujer y yo fuésemos siempre recién casados. Esto decía yo á Péru, y Péru, no logrando convencerme de que yo pensaba como un loco, se entristecía y hasta se le humedecían los ojos. — Péru, le decía yo, ¿por qué te entristeces y aún lloras? Y me contestaba :— Porque pagarás tu locura con muchas tristezas y lágrimas, y lo que es peor, la pagarás con tristezas y lágrimas de tu mujer y tus hijos, que estarán inocentes de ella!



Leandro me miró con una tierna expresión de agradecimiento, que comprendí muy bien, y Mari-Santa dirigió á su marido una dulce mirada, que yo traduje de este modo : “ Chómin pensaba verdaderamente como un loco. Pues qué, tú y yo, aunque llevamos cerca de veinte años de casados, ¿no nos queremos cada vez más, >porque cada vez tenemos mutuamente más que recordar, más que agradecer y más que amar?”

Chómin continuó:

— Soledad era una niña casi de mi edad, hija de unos vecinos tan amigos de mis padres, que las dos familias casi formaban una sola. Entre las dos casas sólo mediaba una huertecilla, que era por mitad de las dos casas, y tenía un poco de jardín, que yo arreglaba desde chiquito, pues para eso me daba el naipe. Como las dos casas tenían puerta á ella, casi siempre estábamos en la huerta juntos. ¡Cuántas noches de verano, después de venir la gente de trabajar, uníamos las cenas y cenábamos las dos familias juntas en la huerta, á la luz de la luna!

Soledad y yo nos queríamos mucho desde chiquititos. Soledad no sabía estar sin mí ; muchas veces me buscaba por todas partes, y encontrándome, al fin, en la dársena desafiando con un botecillo los *cachones* de agua que venian á reventar furiosos contra el muelle, y nos hacian bailar al bote y á mí como perinolas, me rogaba que atracase el bote á la orilla, y aunque era miedosilla como las onzas de oro que siempre andan escondidas, se metia en el bote conmigo, y allí se estaba las horas muertas tan contenta, aunque

á cada instante se considerase merienda de los peces. Á mí me sucedía poco ménos que á Soledad : en ninguna parte me hallaba sin ella al lado, á no ser que fuese en la mar, que era donde no echaba de ménos nada de este mundo, inclusa la misma Soledad, que era lo que más queria.

Ibamos los dos creciendo, como que teníamos ya cerca de catorce años. Un domingo, despues de misa mayor, bien me acuerdo, estaban los padres de Soledad y los míos sentados á la sombra de un cerezo ampollar que habia en la huerta, y habian plantado mi padre y el de Soledad cuando eran recién casados, justamente en el lindero, para que fuese de las dos familias y estuviesen las dos siempre unidas con algo más que la amistad. Yo me subí al cerezo y me puse á coger cerezas, que echaba á Soledad, y ella recogia aparando el delantalito.

— Me parece, dijo mi padre riendo al de Soledad, que vamos á ser consuegros.

— Lo que es yo no lo sentirá, contestó el padre de Soledad en el mismo tono, y añadieron placenteramente nuestras madres:

— Ni yo.

— Ni yo tampoco.

Soledad, como era tan inocente, no entendia lo que nuestros padres querian decir, y como me lo preguntase bajito cuando salté del cerezo, y yo se lo dijera, se puso más colorada que las cerezas que tenía en el delantalito.

Desde aquel dia Soledad y yo empezamos á hablar de lo por venir, pero siempre en el supuesto de que lo por venir de uno habia de ser lo por venir de otro.

Sin saber ella misma por qué, se entristecia hasta llorar siempre que saludaban á los de tierra los que iban en la cubierta del buque que salia barra afuera y se iba alejando, alejando, hasta perderse en los confines del horizonte.

— ¡Cuándo querrá Dios que yo sea de esos que van mar afuera! exclamaba yo entusiasmado viendo al buque cortar el oleaje y alejarse cada vez más rápidamente.

Y al oírme, Soledad se asía á mi brazo temblorosa, y como que quería sujetarme, para que no abandonára la tierra por la mar.

Así fueron pasando tres ó cuatro años. Mi hermano habia casado con una chica baracaldesa, de quien estaba enamorado como un tonto, y allá, conforme se deja la vega >y se toma el monte entre San Salvador del Valle y Retuerto, en una casita medio escondida entre parras, guindos, cerezos, melocotoneros y otra infinidad de frutales, vivian él y su mujer, sin duda muy felices, porque siempre estaban muy alegres, y cuando iban por Santurce y yo les hablaba de lo triste de su soledad, se echaban á reír, y mi cuñada, que era mas canataora que las malvices, y sabía más cantas que un estudiante de la turna, me decia entre cantando y hablando:

No hay soledad en el mundo
para dos que bien se quieren ,
porque donde están más solos
es donde están más alegres.

Mi sueño dorado continuaba siendo el mar, y poco á poco conseguí que Soledad no tuviera ya por vanos mis sueños. La pobre veía por mis ojos y entendía por mí entendimiento. ¿Cómo no la habia de alegrar lo que me alegraba, y cómo no habia de esperar en lo que yo esperaba y creer en lo que yo creía?

En ménos de un año se llevó Dios uno tas otro á los padres de Soledad y á los míos. Los dos lloramos mucho por ellos, y no parecia sino que el dolor nos hacia querernos más y buscar más el consuelo uno en otro.

Felizmente uno y otro habiamos heredado de nuestros padres una fortunilla, que juntándola y juntándonos nosotros en una casería como la de mi hermano, y haciendo lo que habian hecho nuestros padres y mi hermano y mi cuñada hacian, es decir, trabajar, no soñar con más mundo que el que abarca la vista, y contentarse hoy con un poquito ménos de lo que se ganó ayer, hubiera sido bastante para que hubiéramos llegado adonde han llegado mi hermano y mi cuñada, que era aquello que soñaba Péru en la cumbre del Sarántes, viendo los valles de tierra adentro, y yo tenía por tonto y de mal gusto, viendo la llanura azul é infinita de tierra afuera.

Por último Soledad y yo nos casamos, y durante los primeros meses sólo pensamos en saborear la sal de la boda, ¡que juro á bríos nos sabía á rosquillas!

Chómin se detuvo, trocando de repente la alegría nacida de esta última idea en tristeza nacida, sin duda, de la idea subsiguiente. — Señora ama, añadió esforzándose por ahuyentar aquella tristeza, ahora viene lo amargo de mi pesada historia. Déme V. otro sorbillo de lo del tarro, para ver de endulzarla un poco.

Mari-Santa llenó la copa y Chómin la desocupó de un trago, mientras todos, y particularmente su ama, le animábamos con afectuosas palabras á proseguir su relato.

Éste podrá ser pesado para otros, pero de seguro para ninguno de nosotros lo era, porque ninguno de nosotros dejaba de hacer aplicaciones allá en el fondo de su memoria y su corazón.

Cuando la palabra ó la pluma ó el pincel son intérpretes de la verdad, un poquillo de arte basta para arrancar un aplauso.

CAPITULO XIX.

SUEÑOS Y REALIDADES.

— Una tarde de verano subimos Soledad y yo á Campánzar y nos sentamos sobre unas ruinas. El sol, como una gran rueda de fuego, iba ya á hundirse en los mares del Noroeste, y todo el horizonte marino parecia con su luz un lago inmenso de oro y diamantes derretidos. Yo no sé qué soñé y vi allá hácia donde el sol se ocultaba, que comparado con ello me parecia sombrío y triste cuanto habia más acá, incluso lo que más queria, que era Soledad.

Una mujer pasó por allí, nos dió las buenas tardes, se santiguó, tocó con la punta de los dedos las ruinas en que nosotros estábamos sentados, besó la punta de los dedos, é iba á proseguir su camino.

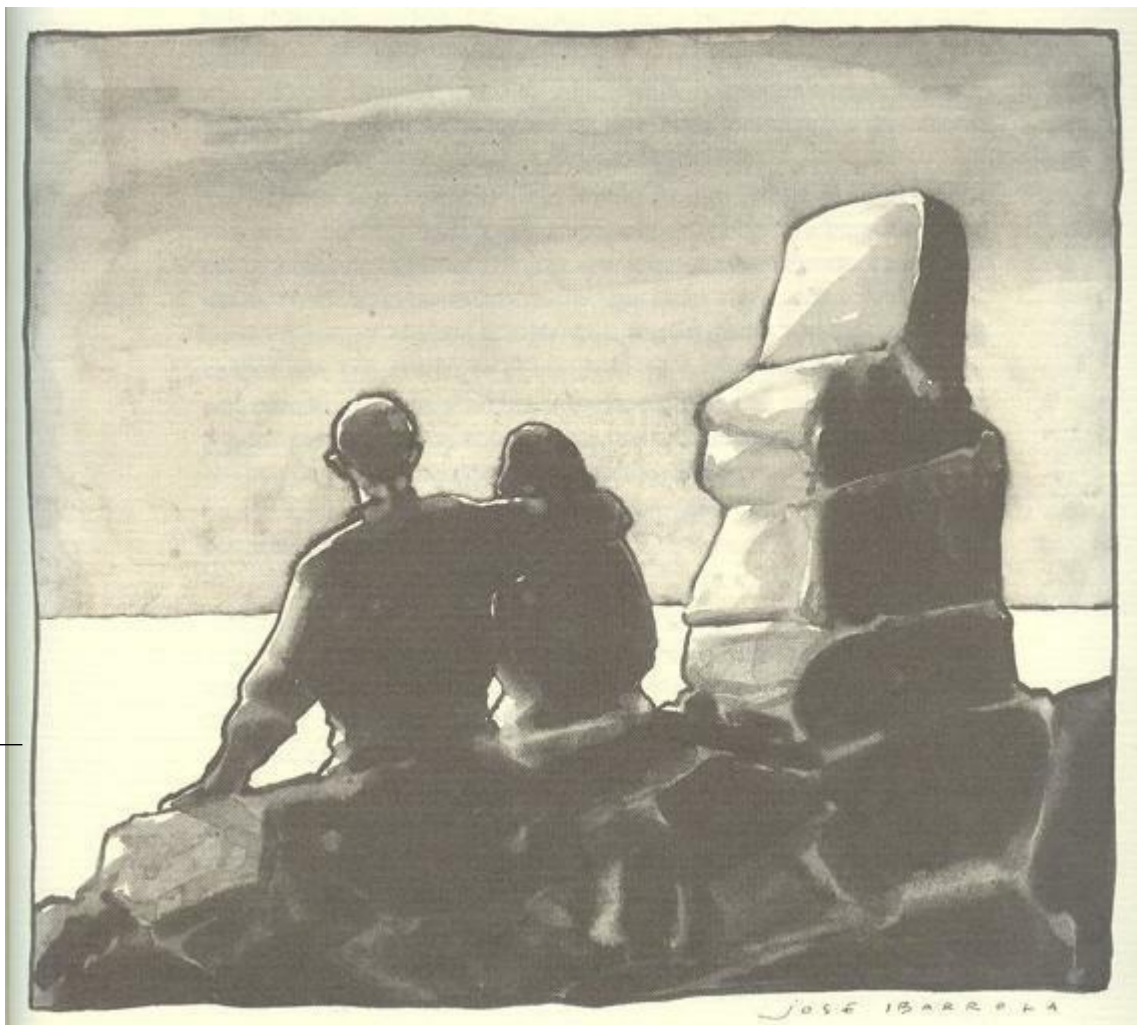
— ¿Qué ruinas son éstas? le pregunté. — Son, me contestó, las de una ermita de la Vírgen de la Mar, muy venerada en tiempos antiguos. Bien se conoce que las gentes de ahora no tienen la fe que tenían las antiguas, pues

si la tuvieran no hubieran dejado arruinar una ermita tan milagrosa, que todo el que le hacia una promesa al ir por esos mares afuera, volvía salvo y rico!

— ¡Salvo y rico! exclamamos Soledad y yo, y mientras la buena mujer se alejaba, callábamos y meditábamos con las vista fija en aquel infinito lago de oro y diamantes líquidos, que se dilataba hasta donde no alcanzaban los ojos, allá hacia el Noroeste.

— ¡Soledad, dije al fin, aquí debe haber un palacio blanco y dorado, donde tú y yo y nuestro hijos vivamos, y detras de él unos hermosos jardines donde paseemos, y delante de él una preciosa ermita de la Virgen de la Mar, donde oigamos misa y recemos y la Virgen sea venerada como en tiempos antiguos!

Soledad se estremeció de alegría al oirme hablar así, porque la pobre, ya se lo he dicho á VV., se habia ido acostumbrando á soñar lo que yo soñaba, á creer lo que yo creia, y á esperar lo que esperaba yo.



En Olabeaga, añadí, está de venta el bergantín *Poco es mucho*, que es muy velero y hermoso, y puede ser nuestro sin necesidad de que pidamos á nadie un cuarto. Con él y con la solemne promesa que hago á la Vírgen de la Mar de reedificar la ermita que aquí tuvo, voy á partir con rumbo á América, seguro de que he de volver salvo y rico á cumplir mi promesa, y á realizar todo lo demas que aquí y allá abajo hemos soñado!

Compré el barco, le tripulé á mi gusto, le cargué de harinas por mi cuenta, abracé á Soledad, que lloraba como una Magdalena, y me fuí á bordo del *La Vírgen nos valga*, con cuyo nombre le habia bautizado, pues el que ántes tenía no me gustaba, porque decía yo : “O nada quiere decir, ó dice un disparate.”

Al pasar la barra catalejeé á Santurce, no dudando que Soledad había salido á darme la despedida, y, en efecto, inmediatamente la vi á la orilla del mar, agitando un pañuelo blanco: como la distancia era corta, y mi anteojo bueno, ví que estaba descolorida como una muerta, y lloraba sin consuelo á pesar de que parecian tratar de consolarla mi hermano y mi cuñada, que habia ido á Santurce á despedirse de mí y á acompañar á Soledad hasta que se consolase un poco de la separacion. El *La Vírgen nos valga* se iba alejando sin apartar yo la vista de Santurce, cuando vi que Soledad vaciló, cayó al suelo, y apresurándose mi hermano y mi cuñada á socorrerla, la tomaron en brazos y desaparecieron con ella de mi vista.

Señora ama, les aseguro á VV., y sobre todo á V. que tiene el corazon de cera blanda, blanca y pura como la nieve, que cuando vi aquello, sin poder hacer más que verlo, y vi que no me caia muerto, á pesar de que me dolia el corazon como si me le hubiesen atravesado de una puñalada, dije: por muchos dolores que yo sufra en este mundo, no acaban conmigo y muero de viejo! — ¡Pobre Chómin! exclamó Mari-Santa ya profundamente conmovida, porque aún más que todos nosotros iba encontrando un gran fondo de tristeza en todo lo que iba contando el anciano.

— Desde aquel instante, continuó Chómin, empecé á purgar mi locura, y lo que es mucho más triste, empezó tambien á purgarla quien era inocente de ella. Aquella mar que tanto me había enamorado hasta entónces, me trató tan infamemente, que el *La Vírgen nos valga* empleó cuatro meses en el

viaje á la Habana, con arribadas forzosas aquí, con calmas allá, con averías en el otro lado. El cargamento de harinas llegó casi todo él averiado, y no encontrando flete para la vuelta, ni teniendo fondos para cargar, como pensaba, por mi cuenta, tuve que apelar al recurso de los patrones de buque perdidos ó sin corazon.

— ¿Y qué recurso es ese, Chómin? preguntó Mari-Santa con viva y sencilla curiosidad.

— El comercio de carne humana.

— ¡Qué horror!

— Me propusieron que fuera á las costas de Guinea á cargar negros, y acepté la proposicion. Llegué á la costa de Guinea, donde el calor ordinario viene á ser el del horno cuando la masa está á medio cocer, y abarroté el *La Virgen nos valga* de negros y negras y negritos, unos conducidos á la fuerza como se conduce á los animales bravos, y otros conducidos con engaños como se conduce á los niños inocentes, y el buque emprendió la vuelta á Cuba con muchas precauciones, porque los cruceros que perseguían aquel contrabando andaban listos. El *La Virgen nos valga*....

— Chómin, interrumpió la señora al anciano, por la Virgen Santísima no llame V. así al barco cuando tenga que nombrarle, porque me parece un sacrilegio el mezclar el nombre de la Madre de las Misericordias con el recuerdo de un buque dedicado al más cruel é infame de los tráficos.

— Tiene V. razon, señora ama, y haré lo posible por seguir su consejo. Pues como íbamos diciendo, navegaba el *La Virgen*....

— Dale, Chómin!

— Perdone V., señora ama, que con la pena tengo la cabeza algo trastornada. Navegábamos de noche, no recuerdo á que altura, cuando nos avistó un crucero inglés, y empezó á darnos caza, viendo que huíamos de él. El viento era de popa, y el bergantin que llevaba todas sus velas desplegadas iba ligero á pesar de su mucha carga, pero el crucero, que era un vapor de doble hélice, andaba dos millas por cada una que andaba el bergantin. Dos balas de cañon nos habian ya pasado rozando el casco, y una habia cruzado la arboladura, picándonos la jarcia. Estamos perdidos,

dije, si no echamos al mar el cargamento; pero esa barbaridad no la haré yo aunque nos cueste á todos morir ahorcados del palo mayor del inglés.

Nunca hubiera dicho esto, pues la tripulacion que se habia aumentado en la Habana con algunos prácticos en la navegacion de las costas de Guinea, se me amotinó pidiendo que se echára al mar el cargamento negro.

Me opuse á tal inhumanidad, pero me opuse en vano, porque unos intantes despues no había en el barco un negro ni una negra... Negras sí habia ; pero eran sólo nuestras almas, que debian serlo como un tizon cuando no se compadecieron de los gritos y súplicas de aquellos desdichados al ser arrojados al mar.

Mari-Santa se deshacia en lágrimas al oir á Chómin.

— ¿No decia yo, continuó éste, que V., señora ama, iba á pasar un rato de mil demonios oyéndome? Pues por no afligirla á V. más, callo cosas muy horribles, como la locura repentina de la pobre madre de un negrillo....

>— ¡Chómin, por Dios calle V. esos horrores, que harto se adivinan!

— Los callaré, señora ama, y sólo diré que sacrificando la vida de unos cuantos centenares de criaturas de Dios, nos salvamos nosotros, pues el *La Virgen*.... digo mi bergantin, así que se le alivió la carga, voló como una saeta por aquellos mares, dejando, como se suele decir, con un palmo de narices á los ingleses, cuya ponderada humanidad casi siempre cuesta á la humanidad cara, como sucedió entónces.

-Volví desesperado á la Habana, y apenas llegué nos llevaron á la cárcel á mí y á la tripulacion, y embargaron el bergantin, todo por sospechas de la verdad. Al cabo de seis meses de encierro nos pusieron en libertad, y me devolvieron el barco. Esto es decir que gané el pleito ; pero me cayó la maldicion de aquel gitano, que decia : “Pleitos

tengas y los ganes.”

Encontré flete para Bilbao, pero como ántes de partir nos habiamos comido y gastado con exceso su importe, partí sabiendo que cuando con más felicidad volviese á ver la cumbre del Sarántes, habia de ser trayendo, al cabo de dos años de ausencia, la cabeza llena de canas, el corazon lleno de amargura, y la herencia de nuestros padres reducida al casco del buque.

— ¿Y volvió V. sin nuevos contratiempos?

— La mar, que tan irritada se habia mostrado al verme partir, se mostró un poco más benigna al verme volver, y al cabo me convencí de que entre tanto como habia perdido, no habia perdido el corazon, cuando al divisar el Sarántes allá á lo lejos, entre la neblina del Este, me eché á llorar y caí de rodillas en la cubierta del buque, mezclando el nombre de la Vírgen con el de Soledad!

— ¿Y de la pobre Soledad qué habia sido?

— ¡Ay, señora ama, si en mi historia hay lágrimas amargas como la ruda, en la de Soledad las hay amargas como la hiel!

CAPITULO XX

HOGAR DESIERTO.

— El *La Vírgen nos valga*... Señora ama, perdona V...

— No importa que le llame V, ya así, que me parece haber purificado sus manchas las lágrimas que usted derramó en su cubierta al descubrir la cima del Sarántes.

— El *La Vírgen nos valga* entró en el abra, pasó la barra y siguió ría arriba al fondeadero de Olabeaga. Miéntas el barco tomaba la ría, yo, en el bote, atracaba á las rocas de Santurce, porque tan turbado me hallaba que ni reparé en las olas que allí se estrellan casi perpétuamente, ni me cuidé de buscar la embocadura de la dársena: lo único que yo veia era la casa donde dejé á Soledad, que estaba al Oeste entre las últimas del pueblo. Salté, amarré el bote casi maquinalmente á la roca, y me encaminé á casa.

Algunos vecinos encontré en el camino, los conocí perfectamente, los saludé al paso y me saludaron sin conocerme, ó cuando más como diciendo: “Me parece haber visto á este hombre, pero no recuerdo dónde ni cuándo.”

¡Ay, señora ama, V. y estos señores felizmente no saben por propia experiencia lo que padece uno cuando ha estado años enteros léjos de su familia sin haber nada de ella, y llega á la puerta de su casa preguntándose con terror si vivirán ya allí gentes extrañas y las propias estarán ya en el camposanto, y sube temblando las escaleras sin que el perro haya salido á

su encuentro y suba haciéndole fiestas, ni en lo alto de la escalera asome y le sonria una cara feliz y amorosa, y siente tentaciones de volverse atras porque la miseria y la tristeza que allí va descubriendo no se parecen en nada al bienestar y la alegría que dejó, y al fin oye llorar á un niño con el desfallecimiento de la criatura de Dios enfermiza y hambrienta, y una voz doliente y débil que no conoce, le pregunta quién sube, y ve que sale á su encuentro una mujer cubierta de harapos y ya casi vieja, trayendo en los brazos un niño cubierto de harapos tambien y casi sin fuerzas para llorar, y, por último, se abraza, llorando áun más que ellos, con aquella mujer y aquel niño que son su mujer y su hijo!....

— Sí, pobre Chómin, comprendemos el dolor de todo eso, aunque Dios nos haya preservado de él, contestó Mari-Santa áun más conmovida que todos nosotros, que lo estábamos mucho.

— Cuando me separé de Soledad, ó mejor dicho de Soledad y mi hijo que ya empezaba á dar señales de vida en el vientre de su madre, fuí tan ciego de entendimiento, que pensaba estar de vuelta lo más tarde dentro de tres ó cuatro meses, y fuí tan perverso de corazon que ni siquiera me pasó por el pensamiento la idea de que podia volver más tarde ó no volver nunca, y condenar á la miseria y la desesperacion y >la muerte á mi mujer y mi hijo, llevándome conmigo casi todo lo que poseiamos, pues á Soledad no le quedaban recursos más que para algunos meses.

¡No quiero afligir más á VV. contándoles lo que Soledad habia padecido en mi ausencia de dos años! Péru y su mujer querian que fuese á vivir con ellos en Baracaldo, pero no encontraron medio de arrancarla de la orilla del mar, porque, como si el juicio se le hubiese trastornado, queria estar siempre allí, esperándome, creyendo cada dia ó cada noche que el dia ó la noche siguiente me habia de ver volver. Si ella y su hijo no habian muerto de hambre y abandono, á Péru y su mujer se debia, pues aunque eran pobres habian partido con mi mujer y mi hijo su pobreza.

Malvendí el *La Virgen nos valga*, cuyo antiguo nombre de *Poco es mucho* me iba pareciendo bueno, porque equivalia al refran que dice: “El que mucho abarca, poco aprieta”, y cuyo nombre moderno iba ya pareciendo malo, porque la Virgen sólo vale y debe valer al que lo merece, y con este recurso pagué las deudas que áun dejaba en la Habana, atendí un poco á mi casa y á mi mujer y mi hijo, y vivimos con algun sosiego de alma y de cuerpo algun tiempo, en que la familia se aumentó con una niña.

Yo no servia como mi hermano para manejar la laya y la azada, porque con mis aficiones á la mar y mis sueños y esperanzas de encontrar por aquel camino el oro y el moro, habia llegado á mozo casi como un señorito, pues para lo único que habia mostrado y mostraba un poco de correa y habilidad; era para hacer que hacemos en las huertas y jardines, como hago ahora en Gorostiza, donde se nada me falta, no es porque yo lo merezca, sino porque la bondad de mis amos merece una corona de gloria....

— ¡Quiere V. callar, Chómin! replicó Mari-Santa al viejo con toda la severidad que en ella cabia, y el viejo continuó:

— Hombre más incorregible que yo no ha nacido de madre, y prueba de ello es que poco á poco fueron resucitando mis amores á la mar y mis esperanzas de alcanzar de aquella fiera, si no la realizacion de aquel magnífico sueño que tuve sentado con mi mujer en las ruinas de Campánzar, á lo ménos una vejez tranquila y desahogada en medio de mi mujer y mis hijos.

La necesidad, con su cara de hereje, llamaba cada vez con más frecuencia á nuestra puerta, y me determiné á contratarme de segundo en un buque mercante contra la opinion de mi mujer y aún la de mis hijos, que aunque los pobres casi no tenian aún uso de razon, hacian de ella mejor uso que yo, pues viendo llorar á su madre por que yo volvía a abandonar el rincencillo de la casa y la aldea, lloraban y me suplicaba que no abandonase aquel rincencillo.

Yendo y viniendo por esos mares del diablo, pues me repugna llamar de Dios á >traidores, pasé mucho años y me vi mil veces á punto de ser devorado por la fiera.

Siempre estaba yo ansiando volver, y siempre que volvía pensaba morirme de pena al salir á mi encuentro Soledad, que con mi ausencia y mi peligro de no volver, envejecia y se acababa más en un dia que yo en un año, aunque ni á ella ni á sus hijos les faltase para ni abrigo.

Navegábamos una mañana por el mar de las Indias, de vuelta de Filipinas, cuando mucho ántes de doblar el Cabo se alborotó la fiera, y despues de luchar con ella desesperadamente todo el dia, al cerrar la noche fué arrojado el buque contra unas rocas, donde se hizo pedazos, y por milagro de Dios no me hice yo tambien como casi todos mis compañeros.

Perdí el sentido con el trueno gordo, y cuando volví en mí, me encontré tendido sobre las rocas de un islote que la luz de la luna me permitió examinar, y me pareció enteramente desierto. No había hueso que me quisiera bien, pero aún así hice un esfuerzo para levantarme, lo conseguí, subí con mucho trabajo á una roca que dominaba la mar y toda aquella parte de la isla, y dí voces llamando á mis compañeros.

Dos de ellos me respondieron con alegría, y no tardé en convencerme de que ellos y yo éramos los únicos que nos habíamos salvado. Así que amaneció recogimos algunos efectos del buque que flotaban á orilla de la mar, entre ellos algunos víveres, y en seguida nos dedicamos á recorrer la isla para averiguar lo que debíamos esperar de ella. Estaba, en efecto, desierta, aunque con señales de haber sido habitada, era bastante rica de vegetación, había en ella un buen manantial de agua y no faltaba allí la caza.

Construimos una choza bastante segura y cómoda para Robinsones, y nos preguntamos de qué habíamos de vivir en aquel desierto cuando se nos acabasen los pocos víveres que habíamos logrado salvar del naufragio. Felizmente, entre los efectos que habíamos recogido se contaban una escopeta y una lata de pólvora, que eran un gran tesoro en sitio donde abundaba la caza.

Como Dios nos dio á entender, pasamos allí más de un año, y al fin, uno de los muchos buques cuyo auxilio habíamos reclamado comprendió que en la isla había hombres que le pedían auxilio, nos recogió y nos trajo á Cádiz, desde donde emprendí el camino por tierra, porque ya me causaba horror la mar.

Una noche oscura, oscura como mi alma, llegué á Santurce cuando no se sentía sér viviente en la calle ni en las casas, y me dirigí á la mía. Me paré á la puerta temblando de incertidumbre, y escuché con ansia. ¡Dentro, todo silencio ; fuera, un perro aullaba como si barruntára muerto, y las olas del mar que parecían dar quejidos lastimeros!

Golpeé la puerta una y otra vez, y nadie me respondió. Al fin se abrió una ventana de la casa de enfrente, donde vivía una familia que había venido al pueblo después de salir yo la última vez, y una mujer me dijo:

— Ahí no vive nadie.

— ¿Pues dónde están los que aquí vivían?

— El marido en la tripa de los peces, la mujer y la hija en el camposanto, y el hijo en Baracaldo con sus tios.

Al oír esto, señora ama, caí al suelo casi sin sentido, y allí me estuve llorando no sé cuánto tiempo. ¿Adónde voy ahora? me pregunté con dolor más grande que el que puede uno sentir cuando un tiburón le arranca una pierna. Estuve por contestarme: á morir despedazado entre esas rocas, donde la mar da rabiosos alaridos ; pero me horroricé en seguida, pensando que á Júdas se le abomina entre los condenados y á Job se le reverencia entre los santos, y tomé la subida de Cabieces.

Dos lucecitas como dos mariposas de oro que volaban en la oscuridad, llamaron mi atención á la derecha del camino, y entónces recordé aque allí estaba el camposanto, y entónces creí, con tanta fe como creemos en Dios, que aquellas lucecitas eran las almas de mi mujer y mi hija, que se alegraban y me festejaban viéndome tomar el camino de la resignación en vez de tomar el camino de la desesperación.

Entré en el camposanto, me arrodillé, lloré, recé, dije mil tiernas tonterías á las dos lucecitas que seguían revoloteando delante de mí, y luégo continué la cuesta casi completamente consolado y tranquilo.

>En aquella *soledad* de Baracaldo, donde fuí recibido con los brazos abiertos, encontré á mi pobre hijo hermoso, bueno, humilde, trabajador, y soñando, no con lo que á su edad soñaba su padre, sino con lo que á su edad soñaba su tío, y allí supe cómo había muerto su pobre madre...

— ¿Cómo había muerto?

— ¡Loca, señora ama, andando de día y de noche desde el camposanto, donde hacía algunos meses que dormía su niña, enfermiza desde que nació, porque había mamado leche envenenada por el dolor, hasta la orilla del mar, donde gritaba y daba saltos de alegría cuando veía que un barco tomaba rumbo hácia el abra, y caía al suelo llorando sin consuelo cuando veía que el barco continuaba ría arriba sin que se destacára de él un bote con rumbo á Santurce!

En Baracaldo descansé, me consolé un poco, y aún trabajé de modo que nadie hubiera dicho al verme que toda la vida había sido un holgazan visionario, hasta que Dios llevó por allí al señor amo á caza de *chimbos*, y viéndome trabajar en la huerta y el jardín del indiano, me propuso, en buena hora para mí, que me viniera con él á Gorostiza, y me vine después de decirle á mi hijo, haciendo lo que el diablo que se metió á fraile después de harto de carne:

— ¡Hijo, escarmienta en cabeza de tu padre! Pase que hagas las locuras ó tonterías que se te metan en la cabeza; pero carga tú solo con sus consecuencias, y no quieras que carguen una pobre mujer y unos inocentes niños que no tienen la culpa de que tú seas loco ó tonto. Hay un cantar que dice, y dice la verdad:

“Por más que la esperanza
mucho aproveche,
mucho más aprovechan
tortas y leche.”

Leandro, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, como los de su madre, al terminar Chómin su historia me miró con expresión de gratitud tan honda y pura, que sentí ánsia de darle un apretado abrazo.

